

cabo la consagracion de sus grãdezas por todo el mundo. Pero acostumbrado à mandar como amo; irritado de hallar oposicion alguna por parte de una potencia à la cual habia vencido, bien que no abrumado; pensando que era menester darle una nueva y ùltima leccion; forjando con este motivo sofismas amoldados à sus pasiones, como se los forjan hasta los talentos mas eminentes; diciendo que necesitaba aprovecharse de ser aun jóven para anonadar todas las resistencias europeas y dejar al inmediato sucesor del imperio una dominacion universal y definitivamente aceptada; comenzando sobre todo con la movilidad de un carácter ardiente à harsiarse del plan reducido à buscar en España el término de sus largas luchas; fatigado de los obstáculos con que allí tropezaba, de las lentitudes que retardaban sin cesar la consumacion de sus designios; achacando estas lentitudes, no à la naturaleza de las cosas, sino à sus lugartenientes; embelesado súbito con la idea de encargarse de la gran solucion en persona, aun à costa de descuidar el Mediodia por ir à dar al Norte una de aquellas terribles estocadas con que sabia herir tan atinadamente, à impulso de tanta fuerza y à tan larga distancia, y de llevarlo asi todo à feliz remate dentro de algunos meses, en vez de arrastrarse todavia por entre las intrincadas dificultades de la guerra de la Península durante años; arrebatado, dominado, obcecado por una porcion de pensamientos que llegaron à la vez à asaltarle, vió de pronto una nueva guerra con Rusia como cosa escrita en el libro del destino, como el término de sus gigantescos trabajos, y dentro de sí halló firmemente arraigada la resolucion de hacerla, sin

que se pudiera dar cuenta del dia y la hora en que esta resolucion se habia formado.

Vivamente concebida en su espíritu idea semejante, lanzóse con increíble prontitud à ponerla en planta. Sin investigar si la culpa era suya ó de Rusia, si la causa del conflicto previsto estaba en él ó en ella, si dependeria de su voluntad sola, de su voluntad mejor ilustrada, el precaver la guerra, tuvo por seguro que Rusia se la haria dentro de poco; que, para declarársela, elegiria el momento en que victoriosa de los turcos, por haberles arrancado el abandono de las Provincias danubianas, pudiera disponer libremente de todas sus tropas; que entonces ajustaria la paz con Inglaterra, y despues de haber obtenido por sí la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, trataria de obtener por Inglaterra la Polonia, con grave perjuicio y para eterna confusion de la Francia; y de todo esto dedujo la necesidad de adoptar precauciones en el instante y de estar prevenido aun primero que Rusia. Desde entonces (enero y febrero de 1811) comenzó los aprestos para una guerra decisiva en las vastas llanuras del Norte. Ya resuelto à no guardar consideracion alguna à Rusia, à someterla absolutamente como à Prusia y à Austria, le asistia razon para poner manos à la obra lo mas pronto posible, antes de que aquella quedase desembarazada de la guerra contra los turcos.

Para la guerra del Norte la principal dificultad que habia que vencer era la de las distancias. Llevar del Rhin al Dnieper de quinientos à seiscientos mil hombres; llevarlos con un enorme material de trenes de puentes à fin de cruzar los mayores rios del continente, con una considerable cantidad

de raciones tanto para los hombres como para los caballos, á fin de subsistir en un país donde los terrenos puestos en cultivo eran tan escasos como los habitantes, y que probablemente se hallaria devastado de igual modo que Massena halló á Portugal; ir con este material detrás de un pueblo desesperado por entre llanuras sin límites que se extienden hasta los mares polares, era una dificultad prodigiosa y por el arte militar no superada todavía, pues cuando los bárbaros en lo antiguo se arrojaron sobre el imperio romano, y los tártaros sobre la China y la India, vióse á la barbarie invadir la civilización y vivir con la fecundidad de sus recursos; al paso que la civilización, por hábil y animosa que sea, necesita superar una dificultad de monta si quiere invadir la barbarie para arrollarla, y es la de llevar consigo cuanto no ha de hallar en su marcha.

Aunque de la memoria de Napoleon se hubieran borrado algun tanto los obstáculos de todas clases con que tropezó en 4-07, previendo por las devastaciones de lord Wellington en Portugal los medios desesperados que no dejarían de emplear sus enemigos, conocia que las distancias serian el principal escollo que le opondrían los hombres y la naturaleza. Para salvarlo tenia que cambiar su base de operaciones, estableciéndola, no ya junto al Rhin, sino junto al Oder ó junto al Vístula, y hasta si podia ser junto al Niemen, esto es, á trescientas ó cuatrocientas leguas de las fronteras de Francia, y con su vasta inteligencia, ya Napoleon habia trazado rápidamente su plan de campaña, como que era extraordinario y sin par en semejantes combinaciones.

Junto al Elba tenia la importante plaza de Magdeburgo, precioso resto de la corona del gran Federico, resto quedado en su poder y apenas dado á su hermano Gerónimo: junto al Oder tenia á Stettin, Custrin, Glogau, otros restos de la monarquía prusiana, retenidos en prenda hasta el pago de las contribuciones debidas por Prusia: además junto al Vístula tenia á Danzick, gran plaza y ciudad alemana y eslava, prusiana y polaca, constituida en ciudad libre bajo la proteccion de Napoleon, pero libre como con tal protector cabia serlo, y ocupada ya por una guarnicion francesa. Por último, entre estas diversas plazas se hallaba el cuerpo del mariscal Davout que podia servir de núcleo al ejército mas brillante. De todos estos escalones proyectaba Napoleon servirse para hacer llegar sin tardanza y aun sin ruido un inmenso material de guerra, y con este material una inmensa reunion de tropas del Rhin al Elba, del Elba al Oder, del Oder al Vístula, del Vístula al Niemen. Conseguirlo esperaba ocultando sus primeros movimientos á los ojos del enemigo, alegando falsos pretextos cuando ya no pudiera tenerlos ocultos, declarando el proyecto de una negociacion armada luego que ni los pretextos valieran de nada, y finalmente, en el postrer momento trasladándose por una marcha rápida desde Danzick á Koenigsberg, de manera de dejar á la espalda y de librar de manos de los rusos las ricas campiñas de Polonia y la antigua Prusia, apropiarse los recursos de ellas y economizar de esta suerte el mas tiempo que pudiera los recursos que hubiere reunido. Sirviéndose de estos mismos escalones queria Napoleon llevar su base de operaciones tres-

cientas ó cuatrocientas leguas adelante para hacer que el Rhin estuviera junto al Vístula y el Niemen, que Estrasburgo y Maguncia estuvieran en Thorn y en Danzick, y aun quizá en Elbing y Koenigsberg.

Pero por mucho que se esmerara en ocultar, ó á lo menos en disimular la intencion de estos movimientos de hombres y de cosas, siempre chocaria bastante á los ojos menos perspicaces para que, advertida á tiempo la Rusia, tomara tambien sus precauciones y se lanzara de pronto sobre las comarcas á cuya ocupacion queria Napoleon anticiparse, y tratara así de hacer mas extenso el espacio devastado que nos separara de ella. En este caso, ademas del peligro de dejar en el poder de sus tropas los campos mas fértiles del Norte, habia el inconveniente de hacer inevitable la guerra, pues si el gran ducado de Varsovia era invadido por la Rusia, ya no permitia el honor que duraran las paces. Ahora bien, considerando Napoleon inevitable la guerra con esta potencia, no apetecia mas que anticipársela en los aprestos militares, pues hay que repetir que, al acometer tan pronto á unos como á otros, ya no cedía á su gusto por la guerra, sino á su pasion de dominacion, y calculaba que, haciendo sus preparativos al punto, interin Rusia ocupada en Oriente se veia obligada á aplazar sus represalias, podria estar dispuesto y armado del todo junto al Vístula, cuando ella volviera de las márgenes del Danubio; que por tanto se encontraria en proporcion de libertar de sus estragos la Polonia y la antigua Prusia, y quizá lograria intimidarla hasta el extremo de obtener de ella, por medio de una negociacion armada, la sumi-

sion á sus miras que estaba resuelto á conquistar por la guerra, si de otro modo no podia alcanzarla. Y aun llevaba los delirios de su vasta imaginacion hasta esperar que, merced á sus inmensos recursos, merced á sus numerosas poblaciones, que conjeturaba hacer francesas, colocándolas dentro de cuadros franceses, merced á sus riquezas, fruto de su economía y de sus exacciones comerciales, podria á la vez continuar la guerra en el Mediodia y prepararla en el Norte, perseguir á los ingleses hasta las extremidades de la Peninsula por un lado y acumular por otro tantos soldados en Polonia, que espantada Rusia se doblara á sus voluntades ó quedara anonadada. ¡Fatal pretension la de abarcarlo todo, que debia serle funesta, pues por grande que fuera, habia de abrigar temores de que sus dos brazos no se pudieran extender desde Cadiz hasta Moscou, ó que, si podian alargarse á tanto, no fueran tan fuertes como se necesitaba para descargar golpes decisivos, sobre todo cuando para llegar junto al Volga fuera menester atravesar campos cubiertos de ruinas, erizados de hielos, sembrados de odios!

Tal fué, pues, la idea de Napoleon al empezar sin demora sus preparativos; ante todo, si era inevitable la guerra, hacerla antes que Rusia se embarazase de Turquía; despues, elegir para armarse el momento en que, ocupada esta potencia en otro punto, no pudiera responder á un acto amenazador con un acto agresivo, encontrarse así junto al Vístula antes que ella y con fuerzas tales que, sin venir á las manos, pudiera obtener los resultados de la guerra.

En el conjunto de providencias indispensables,

Danzick, por su situacion junto al Vistula, por su extension, por sus fortificaciones, debia ser el principal objeto de nuestros cuidados, pues estaba destinada á figurar como depósito no menos vasto que seguro de todos nuestros recursos materiales. Despues de Danzick merecian atencion muy privilegiada las plazas de Thorn y Modlin junto al Vistula, de Stettin, Custrin y Gollgau jnto al Oder, de Magdeburgo junto al Elba. Ya Napoleon habia reforzado la guarnicion de Danzick, dando órdenes de seguida para que ascendiera á quince mil hombres: aumentó las tropas de artilleria y de ingenieros que eran francesas; agrególas un regimiento francés de caballeria ligera, y dispuso que se enviara allí un nuevo regimiento de infanteria polaca, tan segura como la nuestra. Esta infanteria, sacada de las plazas de Thorn, Stettin, Custrin, Gollgau, fué allí reemplazada por regimientos del mariscal Davout, de modo que tales movimientos fueran poco notados por hacerse á cortas distancias. A su hermano Gerónimo, al rey de Wurtemberg, al rey de Baviera, pidió Napoleon que le proporcionaran un regimiento cada uno con el fin de tener en Danzick tropas alemanas de toda la Confederacion. A sus expensas completó el abastecimiento de las plazas de Stettin, Custrin, Gollgau, Magdeburgo. Del rey de Sajonia exigió que volviera á empezar los trabajos de Thorn junto al Vistula, de Modlin en la confluencia del Vistula y del Burg, plaza importante que, segun se debe de tener presente, hacia de Varsovia una capital de dificilísima defensa. Careciendo de recursos rentísticos el rey de Sajonia, ideó Napoleon distintos medios para proporcionárselos: desde luego tomó

á sueldo de Francia los dos nuevos regimientos polacos que acababa de pedirle, despues hizo que en París se abriera un empréstito en favor suyo por medio de la casa de Laffite, que debia dirigir al tesoro sajón los fondos procedentes de este empréstito como si los recibiera del público, siendo asi que realmente los recibia del tesoro imperial. Ademas envió Napoleon cañones y cincuenta mil fusiles á Dresde, bajo pretexto de una liquidacion pendiente entre Francia y Sajonia, y que se saldaba con remesas de material, segun se decia. Llamó, distrayéndole de los asedios que tenia á cargo en Cataluña, al general Haxo para que fuera á trazar el plan de las nuevas fortificaciones, tanto en Danzick como en Thorn, unas y otras á costa de Francia. Abundando en Danzick hierro y madera, dispuso Napoleon construir allí muchos trenes de puentes que, llevados en carros debian ser arrastrados por miles de caballos y de servir para cruzar todos los rios, ó como decia Napoleon, *para devorar todos los obstáculos*. Por los canales que unen á Westfalia con Hannover, á Hannover con Brandeburgo, á Brandeburgo con Pomerania, despachó un inmenso convoy de bateles cargados de balas, de bombas, de pólvora y de municiones confeccionadas. Un destacamento francés debia ir en custodia de estos bateles y á su bordo, y de sacarlos de los pasos dificiles que hubiese. Bajo pretexto de abastecer á la guarnicion de Danzick, dióse al general Rapp órden de que comprara grandes cantidades de trigo y avena, y de hacer una pesquisa secreta de las porciones de cereales que existian habitualmente en esta plaza, con el fin de apoderarse de ellos en un momento dado. Siendo Danzick el granero del

Norte, se podía allí encontrar alimento para un ejército de quinientos á seiscientos mil hombres. Sobre todas las cosas que iban á pasar por su mano, debía el general Rapp, según Napoleón le escribía, *obrar y cortar su lengua.*

Además de los puntos de apoyo que Napoleón tenía en el Norte, tales como Danzick, Thorn, Stettin, Custrin, pensaba en crearse en el centro de Alemania un depósito que fuera tan vasto y seguro como el de Danzick, bien que situado entre el Oder y el Rhin y capaz de contener á un enemigo que viniera por mar. En tal posición ya tenía á Magdeburgo, pero esta plaza de gran fuerza y en la cual se necesitaba hacer poco, estaba muy arriba en el Elba, demasiado lejos del mar, y no situada de manera de contener á Hannover, á Dinamarca, á Pomerania. Por el contrario, todas las ventajas de situación de que Magdeburgo carecía, juntábalas Hamburgo: si el numeroso vecindario de esta ciudad ofrecía algún peligro de revueltas, también abundaba en material de todas clases, y Napoleón juzgaba con fundamento que un ejército no halla los inmensos recursos de que tiene urgencia, sino en el seno de poblaciones acumuladas, provistas de todo lo necesario para el mantenimiento, la vivienda, el vestido, el acarreo. Igualmente reflexionó que, siendo Hamburgo principal cabeza de los tres nuevos departamentos anseáticos, siempre habría allí aduaneros, recaudadores de contribuciones, gendarmes, marinos, soldados salientes de los hospitales, batallones de depósito, diez ó doce mil franceses, que juntos compondrían una guarnición poderosa, y más dejando constantemente en la plaza un núcleo de tropas de

artillería é ingenieros. Además Hamburgo tenía la ventaja de poder abrigar en sus aguas la escuadrilla de las costas, pues recibía en sus aguas grandes corbetas y hasta fragatas. De consiguiente Napoleón ordenó que se ejecutaran importantes trabajos para abarcar, ya que no en un recinto continuo, al menos en una serie de obras bien enlazadas, esta vasta ciudad anseática, que iba á ser cabecera de nuestro establecimiento militar en el corazón de Alemania y camino de Rusia.

A los numerosos puntos de apoyo situados en esta vía, necesitaba Napoleón añadir medios extraordinarios de transporte, para superar la formidable dificultad de las distancias, que según se ha visto, era la principal de la guerra que se prevenía. Ya había hecho mucho á favor de esta parte importante de los servicios militares. Con efecto, en las guerras de principios del siglo, los víveres, las municiones y aun la artillería se fiaban á simples carreteros, ó se exigían sobre los lugares, ó eran suministradas á compañías de asentistas, llenando muy mal sus deberes, sobre todo en los momentos de peligro. Napoleón había fiado antes que otro alguno la artillería y las municiones, cuyo transporte y cuya custodia tiene á cargo esta arma, á conductores soldados, gobernados como los demás por la disciplina y honor militares. Lo propio había hecho respecto de los bagajes de las tropas, tales como víveres, útiles, camillas, formando batallones denominados del tren, que custodiaban cajones numerados á las órdenes de oficiales y de sargentos. De estos batallones había en Francia, en Italia, en España: habiendo perdido los que se hallaban en este último punto sus carros y

sus caballos, casi estaban en cuadro, y así no podían prestar en la Península ningún servicio. Después de reunir Napoleón en un pequeño número de estos cuadros las reliquias de hombres y de caballos, dirigió hacia el Rhin los cuadros ya disponibles, ordenando que fueran completados, y sin revelar el motivo, dispuso que en Placencia, en Dole, en Besanzon, en Hamburgo, en Dantzick, se fabricaran numerosos cajones. No faltaba más que proporcionarse caballos, bien que se podían comprar á última hora en Francia, en Suiza, en Italia, donde abundan los de tiro. Fuera de los vastos almacenes establecidos junto al Vistula y junto al Niemen, proyectaba Napoleón llevar consigo víveres para veinte ó treinta días y para cuatrocientos mil soldados. Nunca se había concebido la guerra en tamañas proporciones, y si causas morales no venían á desbaratar estos esfuerzos prodigiosos, la civilización iba á ofrecer en el año de 1812 el espectáculo de la mayor dificultad superada jamás por hombres.

Para hacer frente á todos estos dispendios, tenía Napoleón el producto de las presas de los géneros coloniales, que habían proporcionado sumas cuantiosas, sobre todo en el Norte, con lo que se hallaba el dinero á mano. A los cuidados para el material se debían unir los cuidados para el personal del futuro ejército de Rusia. Por primera vez desde muy atrás había trascurrido un año, el de 1810, sin conscripción ó quinta: cierto es que el cupo de 1810 se había sacado en 1809 por la costumbre ya establecida de exigir con un año de anticipación cada cupo; mas al cabo á los ojos de la población se había descansado por un año del es-

pectáculo afflictivo de los sorteos, y la quinta de 1811 se hallaba intacta á principios de año, sin haber sido llamada antes de cumplir la edad del servicio. Napoleón determinó que se sacara inmediatamente, reservando para 1812 la del mismo año, si de los preparativos se pasaba á la guerra. Mandó, pues, al ministro Clarke, duque de Feltre, que de los quintos batallones, que eran los del depósito, pasaran á los cuartos los reclutas ya instruidos, y dejara en dichos quintos batallones, lugar para la conscripción que iba á ser efectuada. Determinó que los soberbios regimientos del cuerpo del mariscal Davout, que debían servir de núcleo al grande ejército, se aumentarán con un regimiento ligero, lo cual les haría subir á diez y seis, y recibirían inmediatamente su cuarto batallón, no teniendo allí más que tres cada uno, y se les agregaran los regimientos holandeses recién incorporados al ejército de Francia, los tiradores del Pó y también los tiradores corsos. Esta excelente infantería, con cuatro regimientos de coraceros, seis regimientos de caballería ligera y veinte bocas de fuego, debía presentar un cuerpo de ochenta mil hombres, sin par en Europa, salvo entre ciertas tropas del ejército de España. Napoleón decretó que se completaran inmediatamente los coraceros, los cazadores y los húsares, desparamados por los acantonamientos de Picardía, de Flandes y de Lorena, comprendiendo más de veinte regimientos, pudiendo suministrar aun veinte mil ginetes cabales, dignos compañeros de la infantería del mariscal Davout. Tanto en las orillas del Rhin como en las costas del canal de la Mancha y de Holanda había regimientos de infantería de

las famosas divisiones de Boudet, Molitor, Carra-Saint Cyr, Legrand, Saint-Hilaire, que habian sostenido los combates de Essling y de Aspern. Trasládando á mas de los batallones de depósito, á los batallones de guerra á los reclutas ya instruidos, se podian proporcionar á estos regimientos tres excelentes batallones, y mas adelante cuatro, si la guerra no tenia lugar hasta 1812. Asi debian presentar los elementos de un segundo cuerpo tan poderoso como el primero, escalonado algo mas allá del Rhin, y con destino á reemplazar junto al Elba al mariscal Davout, cuando este se adelantara hácia el Oder. Quedaba el ejército de Italia, apoyado por el de Iliria á la derecha, y por el de Nápoles á la espalda. Ya Napoleon habia traído á Lombardia muchos regimientos del Friuli, sustituyéndolos en esta provincia con un número igual de regimientos de Iliria: tambien habia llamado de Nápoles á muchos regimientos que á Murat no le hacian falta. No temiendo desguarnecerse por la parte de Italia en el estado de sus relaciones con Austria, proponiase formar entre Milan y Verona un buen cuerpo de quince á diez y ocho regimientos de infanteria, de diez regimientos de caballeria, al cual vendrian á juntarse los treinta mil lombardos que componian el ejército propio del reino de Italia, siendo fácil completarlos con los hombres ya instruidos en los depósitos, y que iban á ser reemplazados por la conscripcion de 1811. De consiguiente al desemboque de los Alpes se podia tener muy en breve un tercer cuerpo, que á la primera señal pasara del Tirol á Baviera, de Baviera á Sajonia, donde encontraria ya preparados y aguardándole á los ejércitos sajón y polaco.

El proyecto de Napoleon, si la guerra con Rusia le sorprendia este mismo año, es decir, en 1811, lo cual no creia, estribaba en llevar sin demora junto al Vistula el cuerpo del mariscal Davout, fuerte de ochenta mil hombres, y cuyas avanzadas se encontraban ya junto al Oder, movimiento que se podia ejecutar en un abrir y cerrar de ojos, tan luego como los rusos inspiraran una inquietud seria. Estos ochenta mil franceses debian encontrar á cincuenta mil sajones y polacos escalonados desde el Warha al Vistula, una guarnicion de quince mil hombres en Dantzick, presentando así al enemigo una primera masa de cerca de ciento cuarenta mil combatientes, muy bastante para contener á los rusos, si estos habian desplegado una actividad poco presumible. Veinte mil coraceros y cazadores, los mas veteranos ginetes de Europa, habrian de ir detrás sin tardanza: aprestado estaria con pocos dias de intervalo el cuerpo formado junto al Rhin y fuerte de sesenta mil hombres: y con un mes de posterioridad, el ejército de Italia, los contingentes alemanes y la guardia imperial harian subir á trescientos mil hombres las fuerzas del imperio contra la Rusia. Muy dudoso era que los rusos, aun sacrificandola guerra de Turquía, hubiesen podido reunir en igual espacio de tiempo medios de tanta monta.

Asi, dando por supuesta una sorpresa, poco verosimil, es decir, las hostilidades en 1811, Napoleon debia estar mejor preparado que los rusos. Pero si, como parecia indicarlo todo, la guerra era á la vez inevitable y diferida, teniendo tiempo de llamar la conscripcion de 1812 despues de la de 1811, Napoleon estaba en proporcion de juntar fuer-

zas todavía mucho mas imponentes, dado que podia elevar los regimientos del mariscal Davout á cinco batallones de guerra, los del Rhin á cuatro, los de Italia á cinco, todos sus regimientos de caballería á mil doscientos hombres, y hacer ingresar finalmente el sobrante de las conscripciones de 1811 y de 1812 en cierto número de cuadros de batallones sacados de España, cuidando de no tomar mas que el cuadro, y de dejar en España todo el efectivo. Gracias á estos diversos medios podia Napoleón presentar trescientos mil franceses y cien mil aliados junto al Vistula, una reserva de cien mil franceses junto al Elba, ciento treinta y cinco batallones de depósito ocupados dentro del imperio en instruir á los reclutas y en guardar las fronteras, sin que por virtud de estas diversas medidas se hubieran debilitado las tropas destinadas á la Península de un modo sensible: armamento formidable que debia hacer temblar á la Europa, embriagar de orgullo demente al conquistador que poseia estas muchedumbres armadas, y aun quizá asegurar el triunfo de sus gigantes pretensiones, si el lazo que unia esta inmensa máquina de guerra no llegaba á ser roto por accidentes fisicos siempre de temer, ó por causas morales ya fáciles de columbrar.

No se limitó Napoleón á estas precauciones militares, antes bien dió á su diplomacia un sesgo en armonía con sus designios, y particularmente en lo relativo á Turquía y á Austria.

En Turquía habia sido fiel á los empeños contraídos con el emperador Alejandro, tanto en Tilsit como en Erfurt, y nunca habia ejecutado cosa que pudiera hacer desistir á la Puerta de abando-

nar las provincias danubianas á Rusia. De continuo dijo allí por conducto de su encargado de negocios, Mr. de Latour-Maubourg, y en secreto á los turcos, que no les creia en estado de disputar á la Rusia por largo tiempo la Moldavia y la Valaquia; que les aconsejaba por tanto la cesion de estas provincias, pero de nada mas que ellas, pues, si Rusia llevaba mas lejos sus pretensiones, se hallaba dispuesto á dar apoyo á su resistencia. Efectivamente, cuando, á propósito de los limites de la Besarabia y de la Moldavia, se habia tratado de adelantar la frontera rusa hasta el viejo Danubio, cuyo lecho se halla entre Rasowa y Kustendje, aconsejó á los turcos que rehusaran la concesion esta, y aun les ofreció un tratado de garantía, por el cual, una vez estipulada la frontera del Danubio con Rusia, se comprometia á mantener la independencia y la integridad del imperio otomano mas allá de esta frontera.

Pero al dar la diplomacia francesa tales consejos y muestras de interés á los turcos, hallóles malisimamente dispuestos respecto de ella. Desde las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, cuyos pormenores comunicaron los ingleses á la Puerta, exagerándolos en gran modo, se consideraron absolutamente abandonados los turcos á la Rusia por Francia, la cual, al decir de ellos, habia hecho traicion á una amistad que databa de muchos siglos. A tal punto habia llegado su desconfianza que nada se prestaban á creer de cuanto les decia la legacion francesa, reducida entonces á un simple encargado de negocios. No solo se sentian profundamente lastimados en su interés mas apremiante, el de las provincias danubianas, sino ofendidos en su orgu-

Hó, pues Napoleón, por descuido ó por resultas del primer fervor hácia la alianza rusa, no habia dado respuesta á la carta notificatoria en que el sultan Mahmoud, al suceder al desgraciado Selim, le dió parte de su advenimiento al trono. Asi los turcos apenas aguantaban al representante de Francia en Constantinopla, no le hablaban sino para quejarse de lo que llamaban traicion nuestra, no le oían sino para manifestarle una desconfianza casi oprobiosa. Al consejo de ceder las provincias danubianas respondieron muy indignados, declarando que jamas abandonarían ni un solo palmo de territorio, y á la oferta de apoyarles, si se les exigía algo mas allá de la línea del nuevo Danubio, respondieron con una indiferencia demostrativa de que no contaban con nuestro apoyo en ningun caso.

Napoleón se habia lisonjeado de que á las primeras sospechas de nuestras desavenencias con Rusia cambiaria esta situacion de repente; de que la misma Inglaterra, deseando poner término á las hostilidades entre turcos y rusos, para proporcionar á estos el libre uso de sus fuerzas, se inclinaria á aconsejar al divan la cesion de las provincias danubianas; de que desde entonces se sentirian los turcos tan mal dispuestos hácia Inglaterra como lo estaban á la sazón hácia Francia; de que, viéndonos enemigos de los rusos, otra vez nos empezarian á mirar como amigos, y de que ya así se lograria hacerles oír propuestas de alianza. De consiguiente previno á Mr. de Latour-Maubourg, encargándole la mayor reserva respecto de la legacion rusa, que nada perdonara á traque de bienquistarse con los turcos; que les declarara á medias palabras el resfriamiento entre Francia y Rusia; que les hicie-

ra comprender cómo Rusia se veria obligada en breve á llevar sus fuerzas á otra parte desde el Danubio; que se abstuvieran por tanto de celebrar con ella una paz desventajosa, y que por el contrario siguieran la guerra estipulando una sólida alianza con Francia. Dispuso que Mr. de Latour-Maubourg les explicara lo pasado por las propias faltas de ellos; por la muerte de Selim, el mejor amigo de Francia, á quien habian degollado cruelmente; por la debilidad, por la movilidad con que se abandonaron á Inglaterra, lo cual habia obligado á Francia á aliarse con Rusia. Sin embargo, Mr. de Latour-Maubourg debia decir que era menester olvidar lo pasado, pasado ya desvanecido y sin ninguna fatal resultas para los turcos, á tal de que se volvieran á intimar con Francia, y se le unieran francamente, pues de este modo salvarian las provincias danubianas, que estaban amagados de perder á consecuencia de una paz con Rusia.

Mr. de Latour-Maubourg no debia decir esto sino poco á poco, una cosa tras otra; y cuando sucesivamente llegara á noticia del público la indisposicion de Francia con Rusia, se podían presentar á esta nacion como efecto de su propia conducta las propensiones de Francia á entenderse al fin con la Puerta. Ordenes tenia Mr. de Latour-Maubourg para ser muy prudente y para portarse de modo que pudiera retroceder á tiempo en el caso de que se operara una avenencia imprevista con el gabinete de San Petersburgo. Se le debia de avisar del momento en que las relaciones con este gabinete no consintieran ya ninguna esperanza de acomodo, y en que se pudiera proceder á cara descubierta.